

Jueves de "El Mundo."

¿Por qué hacemos esta nueva edición?

Porque nos anima el deseo de servir á nuestros lectores de la mejor manera posible, buscando la amenidad que haga menos pesado lo serio con quo siempre se presenta lo útil.

Las circunstancias en que vivimos así lo exigen. El libro es demasiado caro en México, y son pocos los que además de tener dinero suficiente para comprarlo, tienen voluntad y tiempo para leerlo; y sin embargo, la sed de saberlo todo acusa también á las muchedumbres, el torbellino de la vida actual las empuja, obligándolas á adquirir conocimientos muy generales, como para tender un puente sobre el hambre; fatigadas casi se acercan al periódico calman su ansia de prisa, á la ugera, en el único manantial que se encuentra al paso.

La ilustración popular ha de efectuarse por medio de los periódicos que se hacen cada día más utilizables mientras más se atrae con los grabados amenos, caricaturas churriguerescas, chascarrillos, artículos ligeros donde la ciencia, el arte, los inventos más útiles, los últimos adelantos del progreso humano se presentan accesibles aun á las inteligencias menos ilustradas.

Estamos dentro de nuestro programa al hacer en nuestro periódico la reforma de hoy; pretendemos ilustrar rodeando la página que de suyo es seria, por ser científica, de todos los atractivos inocentes de que gusta nuestro pueblo. Este mismo decidirá si son ó no plausibles nuestros procedimientos.

ENTRE DOS JUEVES

Que la semana ha sido pródigo en acontecimientos, está á la vista, y esto no obstante, ni el salvajismo de un numeroso grupo de taurófilos, que en un momento de increíble ceguedad, descendían desde la jerarquía de ciudadanos honrados y de hombres útiles á la sociedad, hasta confundirse con los criminales más reprobos; ni el incendio, espectáculo suficiente para que las miradas se aparten del tenebroso cuadro que ofrecen los diarios accidentales y las múltiples desgracias que ocasionan los famosos trenes eléctricos.

Y no, no hay esperanzas siquiera de que el calamitoso Gerente, Mr. Clegg, dé muestras de sentimientos humanitarios, desempeñando á conciencia sus funciones; disciplinando á sus empleados, acatando los reglamentos y teniendo en alguna estima los derechos del público, y, sobre todo, la vida de los hombres.

El vomito, el tifo, el drenaje, para todas estas calamidades, á la vez que se busca el remedio, se adquiere resignación; se renegará contra el insecto que transmite la enfermedad, se procurará su exterminio, se soportarán las molestias y hasta las desgracias que pueda causar el drenaje, porque se sabe que esto es pasajero, y que el mal de hoy se convertirá en inmenso bien para el futuro; pero conformarse con un Mister Clegg; resignarse á que con el fin de que los accionistas reciban dividendos del 12 por 100, se economice hasta el jornal raquítico de un cambiador que con cincuenta centavos diarios puede evitar un descarrilamiento, y dejar que siquiera en las banquetas, no es mucho pedir, se considere el transeunte libre de un machacamiento, es imposible, ¿no es verdad?

Y sin embargo, los millones de la empresa y los intereses de los accionistas quién sabe hasta cuándo nos tengan impuesto al temible Mr. Clegg, que se luce inventando los medios de que haya más desgracias.

¿Qué, qué? Pues, ved cómo no lo enjuiciamos; en todas partes del mundo se pena al motorista, al conductor

ó al maquinista que llega con anticipación al tiempo señalado, al fin de su carrera, porque se supone que ha empleado una velocidad immoderada; y no se pena al que llega retardado, explicando la causa.

Mr. Clegg, no entiende de eso: la carrera ha de ser á la mayor velocidad, aunque se hagan paradas, se descarrile un tren y se triture á varios hombres; lo interesante es que haga el mayor número de viajes con poco material rodante y con poco personal; así hay más dinero para los accionistas.

¿Por qué esa frecuencia de incendios, que en un sólo hábito de fuego, volatilizan fortunas, ennegrecen esperanzas y defraudan todo el trabajo y toda la previsión humanas, acumuladas por espacio de muchos años?

Entendemos que la imprevisión humana es la causa principal de estos siniestros, y (por supuesto no nos referimos al incendio de Puebla, que fué obra de una maldad imbecil.) La moderna industria, poseedora de nuevos agentes naturales, no ha aprendido aún entre nosotros, la manera de disciplinarlos y manejarlos: el vapor y la electricidad, que fluyen serenamente en el seno de la materia, pueden convertirse, en un solo instante, en elementos de destrucción y de exterminio. Una válvula no abierta á tiempo, puede motivar una explosión, y un dinamo no vigilado, puede adquirir la violencia de un rayo.

El descuido, la negligencia, son, á no dudarlo, las causas de esas calamidades, que llamamos inesperadas, y que cargamos á cuenta de la "casualidad," babilon en donde depositamos todas nuestras ineptitudes para no vernos en el caso de confesarlas.

Las corridas de toros llevan trazas de nacionalizarse entre nosotros, por una especie de atavismo que nos liga, queremos que no, á las aficiones de la estirpe ibérica. Pi y Margall, que acaba de morir, aféabales á sus pasanos, esa especie de fanatismo hacia el arte de Cúchares y Pepe Hillo, y no vacilaba en calificar de salvajismo esa diversión favorita.

Como "sport", que temple varonilmente las fuerzas, que acostumbra á afrontarse con el peligro, el torero tiene grandes calidades. Los inconvenientes nacidos de su misma excelencia: se apodera de las multitudes una especie de vértigo de sangre, análogo al que nublaba los ojos de los espectadores del Circo romano. Hasta las personas más moderadas, las que han logrado someter á buen régimen sus pasiones, sientense allí trastornadas, vehementes, descompuestas, y gritan y se amotinan como plebeyos.

Puede observarse fácilmente, al salir de una corrida, cómo los hombres del pueblo, excitados por el espectáculo, son más tumultuosos, más temerarios, más desdefiosos de la muerte, más inclinados á los delitos de sangre. El desprecio á la muerte, cuando lo inspira un ideal noble, es el estímulo de los héroes, es, por ejemplo, el sacrificio de los héroes ante la sanguiñaria irrupción que hoy los aflige. Ese valor estoico de nuestro pueblo, que por motivos baladíes entrega la vida sin sentir asomos de cobardía, sería una gran virtud si se le dirigiese por una buena educación.

¿El espectáculo de los toros satisface esta necesidad de ennoblecimiento? Entendemos que no hace más que reagravar, reavivir los instintos de ferocidad, sin dejar, en cambio, nada que pueda elevar y fortalecer el carácter de las masas populares.

Permitidme, lectores, que para tantear, incurra en la inmodestia de citar como acontecimiento la aparición del "Jueves de "El Mundo." Si lo encontráis defectuoso, tened una poca de paciencia; el "recien nacido," cuenta con el cariño de todos los que condonamos á su vida; le hemos de consagrar todos nuestros cuidados, pronto os convenceréis de que resultará útil, ameno é interesante. Concededle vuestra protección y vuestra benevolencia.

MI AMADA.

Era un ensueño de alma dichosa, Era un suspiro de casto amor, Era un capullo fresco de rosa, Era un celaje que dora el sol.

En su hermosura ¡qué ricas galas! ¡Cuánta pureza en su candor! Y de improviso tendió sus alas Y en breve instante desapareció, Como un suspiro, como un ensueño, Como un celaje, como una flor.

Ola de fuente diáfana y pura, Luz de la estrella crepuscular, Hada de un mundo todo ventura, Mariposilla primavera.

La ví en mi sueño y fui su dueño Y ella me amaba con tierno afán... ¡Ay! esas cosas gratas del sueño ¿Por qué se borran al despertar?

Luz, olas, hadas, mariposillas ¿Por qué se alejan, por qué se van? Graziudo fúgubre de aves nocturnas, Cipreses negros del panteón, Rondas macabras entre las urnas Cráneos que lloran diciendo "adiós."

Fantasmas grises de rostro avieso, Criptas y cruces, sombras y horros... Yo tengo henchidos de todo eso El pensamiento y el corazón.

Si ya mi Nely duerme en la tumba, ¿Para qué sigo viviendo yo?

JAVIER SANTA MARIA.

CRONICA DE LA MODA

La onda fría, como quien dice ¡a helarse! he aquí la última moda de estos felices días.

En medio de todas las amenidades siberianas, que nos brinda la supradicha onda fría, el curioso transeunte, puede hacer la observación que cada año en aquesta agradable estación, apunta este congelado cronista.

El frío se hizo para los hombres; las sensibles, las delicadas, las mujeres, no tienen frío, no conocen el frío, son refractarias á esa onda que actualmente es nuestro martirio, se ríen de ella en las barbas del invierno mismo, como se ríen de todo en esta vida.

¡Palabra de honor que en los actuales días, cuando los mortales se crujen en las calles y plazas de la atarida ciudad, he visto y veo, muchas no mal parecidas y hasta señoras mayores de regulares bigotes, abrigadas con una blusita de percal de colores más ó menos problemáticos, pero más delgada é impalpable que una tela de huevo y.... tan frescas, tan trigarantes, tan risueñas y contentas, como si sintieran soplar sobre sus sienes las tibias brisas de la primavera.

Algunas, las friolentas, de esas bizarras que gustan de adornarse con pretexto del invierno han llevado sobre su torneado cuello una especie de boa, de cola de gato ó de perro silvestre, y de esta suerte, y en esta guisa, desafiaban impávidas los cierzos cantados melodiosamente por los poetas árticos del Septentrión.

Y es, repito, y no me cansaré de repetir, y es, que las mujeres, por más que pose á los románticos, son más fuertes para el dolor que los hombres, emblema de la fuerza.

Porque el frío, bien considerado, es un dolor como otro cualquiera, ha dicho un fisiólogo; ya lo creo, dirá un lector dando diente con diente, el frío es un dolor que atormenta como el dolor de las muelas.

Y ¡vaya usted á fiarse de las doctrinas de los sabios!...

Digo esto, porque acabo de leer en un periódico científico de á última hora, que un doctor americano, un eminente galeno, acaba de inventar cierto aparato para medir el dolor.

Este aparato se llama "algómetro," y se compone de un resorte, que por medio de un pistón, oprime las sienes, teniendo una escala que mide el grado de opresión que soporta cada individuo, es decir, el grado de dolor que puede sufrirse.

Pues bien, con este aparato, el doctor Mordon ha sacado conclusiones edificantes. Afirma que las mujeres son quién sabe cuántos grados más sensibles que los hombres, que sufren menos el dolor; ¡háganme us-

tedes favor, qué "algómetro ni qué ojo de hacha!" basta verlas en medio de los hielos para convencerse de que ellas son casi refractarias al dolor, "querer es poder," como dijo el polemista.

Pero ¿qué tienen que ver, dirá alguna curiosa lectora, las anteriores observaciones con la moda de estos días... pues si tienen que ver, contesto yo, porque conviene á más designios de cronista observativo, dejar sentado que el invierno no ha mata á la blusa en México la bella; la blusa, al fin mujer, se ríe sarcásticamente en las barbas del viejo de la blanca idem; la blusa triunfa sobre la capa y sobre el paletot porque las mujeres no tienen frío, son tópicas que cantan en quién sabe qué zarzuela.....

Sigamos con el frío.

Con motivo de los rigores de este Enero, se han dejado decir algunos sabios que de año en año los inviernos son más crudos en este hermoso país de la perpetua Primavera.

Hablan los sabios, de la declinación del eje de la tierra, del Ecuador, del Zodiaco, del anarquismo, de la altura sobre el nivel del mar, y de otras causas á cual más interesantes, todo lo cual, oído atentamente por los mercaderes en trapos, cintas y embelecocos, los han decidido á prepararse para pedir á la culta Europa poco antes de los últimos meses de este año, las verdaderas galas de invierno, los abrigos para resistir la baja escandalosa del termómetro, esos abrigos y esas telas que hasta aquí, sólo habíamos visto pintados en los periódicos de modas; las pieles, sobre todo las "fourrure," como dicen los franceses que dan á las elegantes un aspecto realmente majestuoso; el armiño y el castor, la nutria y el astrakan, la chinchilla y la cabra del Mogol, la zorra de Kamchacká, y tantos y tantos cuadrúpedos que sacrifican en aras de la hermosura su vida y su pellejo.

Las pieles, algunas de las cuales son verdaderas joyas de elevadísimo precio, constituyen para la mujer un deseo y un capricho más; aparte de que, "visten" como dicen las modistas, dan á las bellas ese aspecto majestuoso é imponente de que acabo de hablar y por otra parte, su crecido precio es otro incidente más para el delicado paladar de la antojadiza Eva.

Los paletot adornados de pieles, las faldas decoradas de la misma suerte, los forros de mantecetas y salidas de baile, enajadas de pieles preciosas, he ahí algo que hasta ahora no hemos visto, porque nuestro clima, antes primavera, casi no nos permitía distinguir y sentir la inclemencia de las estaciones.

Hoy que ya tenemos invierno, y que en tal virtud nos vamos montando á la europea, las pieles es evidente que van á aparecer en el mundo perfumado de la elegancia, en los esfuerzos de nuestras compatriotas, de la riqueza permite satisfacer todos los caprichos.

—Oyo, hijo, dice la señora de Pérez, haciendo un cariño á su marido y peinándolo los bigotes. ¿Me regalias, por fin, de año nuevo, aquellos aretes tan bonitos que vimos en la joyería de...?

—Pero hija, cuestan muy caro.

—Pero hijo, si me los prometiste, anda... nuevo cariño en los bigotes.

—Sí, sí, pero....

—Pero un hombre debe tener sólo una palabra.

En efecto, debo tenerla, y yo la tengo, es lo único que tengo, en medio de esta arranquera.

JUVENAL.

RIMA

Por los elogios á tus besos hechos me he llegado á informar, que con sólo la miel de uno te basta para endulzarse el mar.

Pero tú, en mis dudas, como prueba de que el elogio es fiel, ¡bien podías hacer por que tus besos me dieran de esa miel!

José F. Valdés Amcrosó.